

## X.

La Iglesia, después de diez años  
de combatir la Independencia  
se adhiere a ella.

---

“Había en México un partido poderoso que vió siempre con aversión profunda el triunfo de las ideas liberales consignadas en la constitución española; el clero y las clases privilegiadas, cuya influencia era preponderante en la colonia, sentían amenazada la existencia de sus rentas y prerrogativas por los principios revolucionarios, y para contrastarlos, y para escapar a su dominio, se adhería en 1820 a la idea que habían anatematizado y combatido en 1810: la independencia de la Nueva España. “México a Través de los Siglos.-Tomo III.

La audacia de Iturbide, uniéndose a los insurgentes y proclamando la independencia de

la Nueva España, vino a cambiar por completo la faz del Reyno, pues le siguieron en la empresa muchos jefes realistas y pronto se hizo de un ejército numerosísimo. De triunfo en triunfo llegó con el ejército trigarante a la ciudad de México, en donde hizo su entrada triunfal el 27 de Septiembre de 1821.

¿Qué recurso le quedaba al Clero en tales circunstancias? Permanecer hostil al plan de Iguala, era peligroso, porque la nación en masa lo sostenía. Además, había la circunstancia de que en el citado plan se reconocía como religión de estado, la religión católica, y en consecuencia el camino más recto que le quedaba al Clero era el de aprobar dicho plan, como lo hizo. Sabía el Clero que el Papa no reconocería fácilmente la Independencia de México, y temía así mismo que el Rey de España mandara más tropa para reconquistar sus posesiones; pero por lo pronto las circunstancias apremiaban y se vió orillado a adherirse a la causa que tan encarnizadamente combatiera durante diez años.

¿Sería benéfica para la nación la ayuda condicional e interesada de la Iglesia? ¿No traería después funestas consecuencias? Todo hacía presumir un futuro de trastornos y en efecto muy pronto sobrevinieron estos.

Iturbide, elevado por su admirable audacia, al naciente Trono del Imperio Mexicano, fué un juguete durante su reynado efímero, en las manos del Clero. Fué colmado de honores y riquezas, y los mismos que se las pro-

porcionaron cavaron la tumba que poco tiempo después ocupó.

Después de violentas sacudidas la nación mexicana dió un paso más firme hacia su independencia completa, transformándose en República. Pero el Clero, siempre en acecho de sus privilegios volvió, como en tiempos de la conquista, a imperar, poniendo en juego todas sus actividades con menoscabo de los intereses generales.

A nombre de la religión, un católico mataba a alguna persona por el solo hecho de no pensar como él, los soldados, sin órdenes expresas remitían a las masmorras a aquellas personas que encontraban leyendo libros prohibidos por la Iglesia, y todo aquel que por descuido o por cualquiera otra circunstancia no practicaba todas las ridículas ceremonias, que se acostumbraban llevar acabo en la calle, era insultado y hasta golpeado. "Un zapatero mata a un extranjero en la Plaza de Mexico con el instrumento cortante que tiene en la mano, porque este no se arrodilla al sonido de una campanilla que apenas se percibe: un soldado amenaza con la balloneta al que por distracción no se prosterna al pasar una imagen; un lépero insulta al que al toque de ciertas rogaciones no se quita el sombrero: es esta la religión de cristo? ¿y estas horribles consecuencias pueden ser objeto de respeto de un gobierno ilustrado, de un pueblo republicano? No lo creo así". En tal forma se expresaba, juzgando este estado de cosas, Don Loren-

1 Ensayo Histórico de la Revolución de México,

zo de Zavala, a quien no se le puede criticar de apasionado, desde el momento en que se consideraba como un buen católico.

Más, no obstante la influencia tan grande que obtuvo la Iglesia en el Gobierno de México después de su independencia, con tristeza miraba que el pueblo iba reconquistando su libertad de acción, y en este echo preveía fatales consecuencias. ¿Cómo evitar que el pueblo despertara por completo? ¿Cómo hacer que fuera eterna su ignorancia?. Tenía México poco tiempo de ser independiente y por todas partes se fundaban escuelas, se publicaban periódicos, se importaban libros filosóficos; ¿no era esto atroz, atentatorio contra la religión?.

De esta manera discernía el clero y pensaba cuanto antes poner en práctica los planes que se había trasado para volver las cosas al estado que guardaban durante la dominación española.

Para ello era necesario acudir al rey de España Fernando VII, pedirle perdón por los descatos que había cometido uniéndose a la causa de la independencia, que dicho Rey había desconocido, al desaprobar el tratado de Córdoba, firmado por Iturbide y O' Donjú el 24 de Agosto de 1821, en cuyo tratado España reconocía el derecho que tenía México para hacerse independiente. Después de esto preci-

so era que el Clero mexicano fuera ante el Papa, que en comunión de ideas con el Rey de España, tampoco había reconocido la independencia de México, y en su presencia jurarle eterna obediencia y completa sumisión.

Al efecto, el Arzobispo de México, D. José Fonte, el mismo que ante el Congreso había jurado la Independencia Mexicana, con el pretexto de visitar algunas diócesis, salió rumbo á Tampico, en donde se embarcó para los Estados Unidos, siguiendo después su camino para España. Igual procedimiento emplearon casi todos los Obispos y altas dignidades de la Iglesia que había en la República, y en poco tiempo quedó casi abandonada la dirección del culto católico.

El pueblo mexicano, católico por abolengo, daba señaladas muestras de disgusto por el abandono en que se encontraba la Iglesia y para calmarlo un tanto, se vió obligado el Gobierno del Presidente D. Guadalupe Victoria, a nombrar un delegado para que se acercara al Papa, y procurara solucionar aquella tremenda crisis. D. Francisco P. Vazquez en quien se confió tal encargo, partió lleno de entusiasmo y fé a cumplir con su misión.

Las intrigas que se movían cerca del Papa eran muchas, y por lo mismo, la atmósfera que se encontró el Sr. Vázquez, fué completamente contraria a sus propósitos, y a pesar de la tenaz lucha que emprendió para conseguir su objeto nada pudo hacer a favor de la

que allá lo llevaba.

La Iglesia era aún dueña y señora de todo y sin embargo escatimaba los favores que se le pedían, guiada unicamente por sus mezquinos instintos. Dominaba sobre el Gobierno Civil, y sin embargo no estaba conforme, controlaba la instrucción pública, imponía su religión y su política maquiavélica en todas partes, y aun le parecía poco.

Precisamente en vista de estos egoismo, incomprensibles, sino fuera porque se trata del Clero, Don José María Tornel se expresó en la siguiente forma: 'En esta capital se conserva una vieja secta política que aprendió la ciencia de gobierno en la escuela de los virreyes y de aquellos semi-dioses que se llamaban oidores, que practica todos sus artes, y que juega con nosotros, los hombres de la revolución, alzándonos o abatiéndonos, según conviene a sus mezquinos intereses. Esta cofradía, tan invisible como certera en sus cálculos es la misma que por varios aunque contrapuestos modos, ha conservado una influencia decisiva y constante en los asuntos del estado.'

Hemos citado a un defensor del catolicismo, y por ello sus palabras tienen más fuerza. El Sr. Tornel figuró mucho en la política durante los primeros años de la República, ocupando prominentes puestos en el Gobierno y siendo una de las principales figuras en el Partido Conservador.

Teniendo como tenía tan grande influencia

la Iglesia en el Gobierno, lógico es que las cosas caminaran como mejor conviniera a aquella, máxime en tratándose de la instrucción. Allí el Clero tenía una intervención completa, y nada se hacía a este respecto sin su consentimiento, por lo tanto, toda escuela que se fundaba tenía que ajustarse al programa netamente religioso que imponía aquella agrupación. Veamos lo que a este respecto dice D. Lorenzo de Zavala en el libro que poco antes hemos citado: "En todos los demás ramos del orden social se notan los adelantos que naturalmente produce la civilización progresiva de la actual generación; pero los establecimientos que están bajo la dirección del Clero, permanecen ligados con esas cadenas que han detenido la marcha de la prosperidad general y de la ilustración; cadenas travadas desde los primeros siglos de la barbarie cuyo primer eslabón y principal fuerza depende de esa nefanda Roma, brillante dominadora en tiempos de la aristocracia tiránica y de sus Césares más tiranos; sombría e hipócrita opresora bajo el poder sacerdotal."

¿Que mas podía apetecer la iglesia? ¿No lo tenía todo para sí? ¿No ejercía su dominio en todas las esferas sociales? Así es, y a pesar de ello buscaba algo más. Su fuerza, su poder, su influencia poderosísima sobre el pueblo, nada valían ante la obsesión, no del mejoramiento social, sino de la opresión, de la esclavitud, en una palabra, de la restauración del gobierno español.

Tales eran las tendencias del Clero ambicioso; pero toda su fuerza y toda su perfidia, se estrellaron ante la actitud de los mexicanos patriotas, que supieron distinguir donde termina el deber para con la Iglesia, y donde principia el de la Patria; y debido a esto pudo conservarse sobre todas las borrascas intacta la joven República.

Refiriéndose Don Lorenzo de Zavala al peso bochornoso que hacía sentir todavía la Iglesia sobre el pueblo mexicano se expresaba en estos términos: "Que libertad es aquella de que se goza en un país en donde sus habitantes no pueden legalmente pensar por sí mismo sobre las materias interesantes de su suerte futura? Parece una especie de ironía, o de insulto echo a una nación el decirle: vuestros ciudadanos son libres; pero no pueden pensar sino de esta o de esta otra manera."

Viendo el Clero que del exterior no llegaban fuerzas para recuperar lo perdido, la emprendió por su cuenta, exitando al pueblo a rebelarse en contra del Gobierno legalmente constituido. En efecto en el año de 1827 estalló un motín, encabezado por Fr Joaquín Arenas y Fr. Francisco Martínez. Este movimiento fué sofocado al iniciarse y por lo mismo los resultados no fueron de consecuencias para la paz pública.

Prisioneros los frailes rebeldes, y confesos de sus propósitos, fueron pasados por las ar-

mas, para escarmiento de otros muchos que sustentaban iguales ideas.

Pero a pesar de la energía desplegada por el Gobierno, el Clero siguió trabajando abiertamente en contra de su estabilidad, y la tranquilidad a cada momento se veía amenazada. Con tales consecuencias, lógico era que desde entonces se pensara en restarle poder a la Iglesia, ya que tantos elementos acumulados a su disposición le servían para entorpecer la buena marcha del Gobierno y para estorbar el progreso de la nación.

Cerraremos este Capítulo con lo que a tal respecto dice el Sr. de Zavala: "La gerarquía eclesiástica con sus rentas, su fuero y su poder son de tal naturaleza, que no es posible conservar este elemento en un gobierno popular, sin mantener al propio tiempo el principio destructor de la paz pública y de la igualdad. El que sanciona su existencia, sanciona la discordia perpetua."

## XI.

## El Clero, con su ambición desenfrenada, vende a la Patria.

El Clero, como hemos visto, tomó parte muy activa en el coronamiento de Iturbide, y así mismo fué el principal causante de su caída. Más tarde, y cuando comprendió la Iglesia que era indispensable la proclamación de la República, porque todo el pueblo la pedía, se adhirió a la causa republicana, y tuvo su representación en el Congreso reunido el año 1824, que fué el encargado de expedir la Constitución Política de esa fecha.

Bien claro está el objeto que la Iglesia perseguía al hacerse representar y tomar activa parte en aquel Congreso, pues los hechos lo han venido a demostrar de una manera clara y terminante.

Expresamente quedó estipulado en la Constitución a que nos venimos refiriendo, que la

religión católica sería la religión de estado y no podría por lo tanto establecerse otra en la Nación. Además quedó sancionada la continuación de los fueros y privilegios eclesiásticos y militares.

Recordamos estos detalles para hacer notar que hasta 1857, en que se expidió la nueva constitución, rigió en lo general la de 1824, y en particular y con toda su amplitud, lo relativo a la Iglesia; y cualquiera, con tales antecedentes, pensará que el Clero sería el más firme sostenedor de leyes que tanto lo beneficiaban; pero debido a su insaciable codicia fué la causa determinante para que se abolicieran.

¿Podía esperarse acaso otra cosa del Clero?. Honradamente creemos que nó. La política en sus manos siempre fué una arma infernal: tan presto elevaba hombres sin conciencia y honor, como abatía a personas honradas. Su voluntad, fué la voluntad casi única en la Nación hasta 1857, salvo raras ocasiones, en que lograba sobreponerse un Juan Alvarez o un Benito Juárez.

Así pues, la Iglesia, ha sido la principal culpable de sus desgracias, que por otra parte, han sido benéficas en lo general para el pueblo. Ella fué fabricando con sus torpezas y mal reprimidas ambiciones, la tumba en que debían de enterrarse para siempre sus malhadados privilegios.

¿Cuántas revoluciones provocó el Clero sin causa justificada? Que conteste la historia en

sus más negras páginas de los dos primeros tercios del siglo pasado. Que lo diga el atraso que México sufrió en el concierto del mundo civilizado. Precisar con fechas todas las revoluciones armadas por el Clero no es posible, pues continuamente revolucionó.

Se puede, eso sí, dividir en épocas la vida revolucionaria del Clero: la primera, durante la guerra de independencia; la segunda, desde el coronamiento de Iturbide hasta 1833, en que su labor fué de intrigas constantes y de maquinaciones solapadas; y la tercera que data de esta fecha, hasta el año de 1861 en que entró Juárez a la Capital de la República, al frente del ejército liberal.

La tercera época da principio con el levantamiento de Escalada, en Morelia, de Pérez Palacios, en Cuernavaca, y de algunos otros reaccionarios, en diferentes partes del País, llevando como bandera la de "religión y fueros". Esta revolución, que no llegó a tomar serias proporciones, fué violentamente sofocada por la activa campaña que emprendieron contra ella los Generales Gabriel Valencia, Andrade, Santa-Anna, Victoria y Antonio Mejía.

Como se ve, en esta ocasión figura Santa-Anna combatiendo la causa del Clero; pero poco después, vendido a este, encabeza una nueva revolución, con tan buena fortuna, que en muy poco tiempo logró obtener un triunfo completo.

Encumbrado Santa-Anna, por virtud de esta revolución, a la Primera Magistratura de

la República, vino a ser, en las manos del Clero, lo que fué Iturbide, es decir, un muñeco que obedecía docilmente cuanto se le ordenaba; pero este fué más, mucho más pernicioso para el país.

Por supuesto que el Clero lo utilizó únicamente en provecho propio; extendiendo su codicia hasta lo increíble, pues habiendo Santa-Anna solicitado de él un empréstito, le fué negado, sin que para nada valiera la circunstancia de que el Gobierno necesitaba fondos para combatir la invasión Norteamericana. En esta ocasión Santa-Anna se vió en la precisa necesidad de exigir por la fuerza se le entregara algo de efectivo para hacer frente a los primeros gastos de la campaña; pero este atrevimiento le conquistó la mortal enemistad del Clero, quien más tarde provocó su caída y destierro de la República.

La lucha entre México y los Estados Unidos era de todo punto desigual, y así lo comprendió el Clero, y como él jamás entendió una palabra de patriotismo, buscó la manera de salvar sus cuantiosos intereses. El Gral. Scott se había posesionado por la fuerza de Veracruz, y se disponía a emprender su avance sobre Puebla, cuando se le presentó el cura de Jalapa, un tal Campomanes, diciéndole estas palabras en representación del Obispo de Puebla, Don Pablo Vázquez: Si me garantizas que serán respetadas las personas y bienes de los eclesiásticos, yo te ofrezco que en

Puebla no se te disparara un solo tiro." 1. ¡Yesto cuando en la frontera Norte, en un heroico gesto de patriotismo, luchaba el pueblo desesperadamente por defender la autonomía nacional!

Por demás está el decir que tan benigna proposición fué aceptada inmediatamente por el General americano, marchando desde luego con sus tropas, a tomar posesión de la plaza que se le brindaba con tanta galantería.

"El ejército americano entró en Puebla como en plaza amiga, tan sin cuidado, que los soldados formaron pabellón en los portales, y se tiraron a dormir. Se esperaba a aquel ejército en Puebla con 5000 cargas de maíz. El General Scott mandó poner guardia de honor al Obispo." 2.

Transcribimos este párrafo que por su elocuencia no necesita comentarios, y solo agregaremos que la traición en su horrible esencia, se había extendido hasta la capital de la república, pues así lo hace comprender la inteligencia perfecta que había entre el Obispo de Puebla y el Arzobispo de la Capital, D. Cesario Irizarri.

¿Quién no conoce la finalidad que tuvo la intervención Norteamericana, para que aquí la repitamos?. Nadie seguramente la ignora y por ello nos concretamos a señalar los prin-

Memorias para la Historia de la Rev. de México. Lic. Anastasio Zertero.

Memorias para la Historia de la Rev. de México. Lic. Anastasio Zertero.

cipales puntos de contacto que el Clero tuvo en esta tragedia nacional.

El Clero puso su influencia moral al servicio de los invasores; y sus arcas, repletas siempre de oro, estuvieron cerradas cuando la Nación claudicaba por falta de elementos, y en cambio, prodigamente vertían sus caudales cuando un Zuloaga, un Mejía o un Miramón, ensangrentaban el suelo mexicano al grito de "religión y fueros".

Tal fué la conducta del Clero durante la invasión Norteamericana, y por la magnitud y azquerosidad de sus hechos, ha caído sobre él la maldición de todo el pueblo mexicano.

Terminada la guerra con los Estados Unidos, el Partido Liberal comprendió, mejor que nunca, que el principal enemigo de la Patria lo tenía aquí mismo y lo era el Clero; y desde entonces reanudó sus trabajos con más empeño, logrando agrupar bajo su bandera un poderoso grupo de patriotas, que llegaron en no lejano plazo a vencer la hidra clerical.

De este Partido surgió poderosa y arrazadora la Revolución de Ayutla, a cuyo frente se puso un campeón de la libertad, un soldado que había militado en las filas del gran Morelos, D. Juan Alvarez. Este gran patriota, al triunfo de la revolución, asumió provisionalmente la Primera Magistratura de la República, comenzando con esto una nueva era para los mexicanos.

Conforme al Plan de Ayutla, el Presidente Interino convocó a un Congreso General, que

se encargaría de constituir a la Nación en República Democrática Representativa. Los miembros que formaron dicho Congreso, después de vencer las miles de dificultades que se les presentaron, ya por la carencia de elementos o por la escasez de comunicaciones, lograron al fin reunirse en su mayoría en Febrero de 1856, quedando definitivamente constituidos el 18 del mes citado.

El Clero había visto en el encumbramiento del Gral. Alvarez a la Presidencia de la República, el principio de la preponderancia del Partido Liberal. El mismo Presidente había defraudado toda esperanza, cuando en carta dirigida al Arzobispo de México, D. Lázaro de la Garza, le decía: "bajo mi gobierno la religión no será una arma de partido". En consecuencia, no podía el Clero permanecer inactivo, en tanto que sus enemigos iban ganando terreno.

La lucha, pues, en contra del Gobierno, no se hizo esperar mucho, y en esta ocasión fué terrible, puesto que se combatió con igual encarnizamiento, tanto en el terreno de las armas como en el de las ideas, pues ya en México existían varios periódicos de alguna importancia, que hacían guerra sin cuartel al elemento clerical. Pero en uno y en otro terreno los liberales salieron airoso.

Aun sin embargo, en el seno del Partido Liberal, o mejor dicho, entre el elemento revolucionario de Ayutla, se notaba cierta efervescencia, que de seguir, hubiera traído graves



consecuencias para la causa; y comprendiéndolo así el Gral. Alvarez, eliminó su persona, a fin de terminar con toda disensión; y al efecto, expidió un decreto fechado el 8 de Diciembre de 1855 nombrando Presidente Sustituto al General D. Ignacio Comonfort.

Todavía después de haberse retirado del Gobierno el Gral. Alvarez, y aún con más insistencia, se siguió propalando la noticia de que el Partido Liberal estaba dividido en dos banderías, por lo que, se vió en la necesidad dicho General de lanzar un manifiesto a la Nación, para desvanecer toda duda. El manifiesto lleva fecha 7 de Diciembre de 1856, y en lo relativo dice lo siguiente: "En vano se alzarán comentarios; en vano querrán desunir al partido democrático, y más en vano asestar sus tiros a la administración que nos rige, porque estoy dispuesto a sostenerla contra todos los que invocando la religión y los fueros quieran esclavizar nuevamente al pueblo del que soy fiel hijo, y para propender a su bien siempre está dispuesto el soldado de la Independencia."

El Partido Liberal radical veía con cierta desconfianza la subida de Comonfort, temiendo que por su moderación bien conocida, no llevara a cabo las grandes reformas que se esperaban.

Por su parte, el partido conservador, tampoco veía en el nuevo Presidente al guardián de sus intereses, y uno y otro en consecuencia no sabían en realidad a que atenerse.

Razón tenían los dos partidos para desconfiar, pues en los actos de Comonfort, se vió siempre la tendencia de amalgamar dos agrupaciones que sostenían ideas diametralmente opuestas y que se habían jurado guerra a muerte.

No obstante, Comonfort, al principio aparentó estar del lado a que lo llamaba la causa liberal y así lo expresó solemnemente en la instalación del Congreso Constituyente, en estos términos: "Con la misma lealtad con que he sostenido el Plan de Ayutla, sostendré el Congreso Constituyente, como la legítima emanación de la voluntad nacional."

Otra de las causas por las que se atrajo el odio del Clero, el nuevo Presidente, fué por no haber derogado la Ley conocida con el nombre de "Ley Juárez", que formó Don Benito Juárez, siendo Ministro de Justicia en el Gabinete del Presidente Don Juan Alvarez, y que obtuvo la plena sanción del Congreso. Razón de sobra había para el enojo del Clero, pues por medio de dicha Ley, se suprimían los tribunales, fueros y privilegios de él y del ejército.

En cambio, el elemento sano de la sociedad, recibió con señaladas muestras de aprobación la nueva Ley, y en particular el partido liberal, que veía que principiaban a cristalizarse sus aspiraciones por largo tiempo mantenidas.

Cada nuevo triunfo del partido liberal, traía un recrudescimiento en la lucha. El Clero no

ocultaba su actitud bélica en contra del Gobierno; y desplegaba toda su actividad, armando a infinidad de gavillas de bandoleros, que continuamente hostilizaban a los soldados de la República. A este respecto dice la obra "México a Través de los Siglos" Tomo V,: "Era un hecho, por otra parte, la ingerencia activa que los eclesiásticos tomaban en la revolución y que daba pasto a la prensa priódica, figurando casi en todos los movimientos, de una manera más o menos directa, algún individuo del Clero,»

Esto no pasó desapersibido para el Gobierno quien, haciendo uso de excesiva complacencia para una institución que tan mal se portaba, y que por su conducta misma se ponía fuera de la ley, envió una circular al Arzobispo de México, manifestándole que muchos sacerdotes estaban directamente inmiscuidos en los movimientos revolucionarios. Dicha circular fué contestada por el Arzobispo en términos amistosos, extrañándose hipócritamente de la denuncia que se le hacía, y pidiendo que se le dieran los nombres de aquellos miembros de la Iglesia que tomaran algún participio en la revolución.

Obedeciendo a tales deseos, de diferentes partes del país se enviaron al Arzobispo, nombres de los eclesiásticos innodados en la revolución, y para mejor ilustración del lector, copiamos en seguida un fragmento de la carta que el Gral. Chilardi remitió desde San Pedro Tolimán, con fecha 27 de Enero de 1856:

'Anhelando tan solo la paz y prosperidad de México, y cumpliendo con mi deber, tengo el honor de decir a V. S. I. que en este territorio de la Sierra Gorda, los que promueven la inobediencia contra el gobierno general, son el cura de Tolimán, D. Pedro Gutierrez; el de Tolimanejo, D. José Ma. Ordaz; de San José Iturbide, Dr. Rodríguez; de Tequisquiapan, D. N. Chaparro; y de Tierra Blanca, D. Domingo de la Cueva, teniendo en mi poder contra estos señores curas pruebas irrefragables que atestiguan la verdad de este aserto y que ellos en mi juicio no podrán desmentir''.

De nada sirvieron estos actos ajustados a la más estricta justicia; el Clero se burlaba de todo y más y más elementos reunía para hacerle la guerra al Gobierno. Prueba de ello es que, pocos días después de estos acontecimientos, estalló un complot en Puebla que implicaba alguna importancia, pues en unas cuantas horas habían logrado los reaccionarios apoderarse de casi todo el Estado.

Comonfort, enterado de la magnitud de dicho movimiento revolucionario, formó un buen ejército y perfectamente equipado salió personalmente a combatirlo, con tan buen éxito, que en unos cuantos días logró la rendición de ciudad de Puebla, en donde se había encerrado el núcleo revolucionario, quedando por lo mismo dueño de la situación.

Más, comprendiendo Comonfort, que de dejar al Clero de Puebla los bienes que tenía, daría lugar a que fuera trastornado de nuevo el

orden, expidió un decreto el 31 de Marzo de 1856, por el cual intervenía todos los bienes eclesiásticos de aquel Estado. Después de esto desterró al Obispo de aquella diócesis D. Pelagio de Labastida y Dávalos, por sus sistemáticos ataques al Gobierno y por su espíritu netamente reaccionario.

A esta revolución siguieron otras de más o menos importancia; pero todas fueron sofocadas por las tropas del Gobierno y seguramente ninguna hubiera tenido éxito, desde el momento en que el pueblo mexicano se inclinaba por la causa liberal. Pero llegó el momento de las grandes pruebas y el que antes había sostenido el Plan de Ayutla y jurado ante el Congreso Constituyente seguirlo sosteniendo, defeccionó de la manera más vargonzosa que pueda imaginarse uniéndose a los reaccionarios.

En efecto, el 17 de Diciembre de 1857, se pronunció el Gral. Zuloaga en Tacubaya, de acuerdo ya con Comonfort. Juárez que ignoraba tales ligas, ocurrió a palacio con el objeto de hacer ver a Comonfort la conveniencia de combatir cuanto antes el movimiento iniciado por Zuloaga; pero en lugar de ser oído, se le aprehendió. Al mismo tiempo fué disuelto el Congreso, con lo que la traición fué consumada.

Acto continuo los reaccionarios tomaron posesión de la Capital de la República. La Catedral y los demás templos se engalanaron con sus más ricos adornos. Las procesiones reco-

rieron la Ciudad de uno a otro lado, mientras en las naves de los templos se entonaban Te-deum en loor del triunfo. El Clero estaba radiante de felicidad. ¡Volvía de nuevo a Gobernarse!

Muy pronto se dió cuenta Comonfort, de que todo lo había perdido pues los mismos reaccionarios lo nulificaron de hecho. En tales circunstancias, y queriendo suavizar un tanto sus torpezas puso en libertad a Juárez.

Desde entonces, una nueva figura se destacó en el cielo brumoso de la Patria. ¡Juárez! Solo él era suficientemente grande, poderoso y justo, para levantar límpida la bandera de la Patria. Solo su voluntad podía aunar los esfuerzos de los liberales.